



## SOMBRAS EN EL SALÓN

### I

«Estúpido como pretender divertirse», se decía Lelio. Pero tras esa frase venía luego otra: «Qué joven es», pensada a pesar suyo, sin transición, aplicable a él mismo, y que sin embargo nada quería decir respecto a su edad. Eran exactamente las mismas palabras que acudían a su espíritu, como gaviotas que regresan a su roca natal al acercarse la tempestad, cuando se hallaba profundamente azarado. Una cita de Baudelaire, «Debemos trabajar, si no por gusto al menos por desesperación, porque después de todo, trabajar es menos aburrido que divertirse», interrumpió bruscamente sus propios pensamientos, y al enlazarlos con nobleza le devolvió a su centro espiritual, sacándole de aquella confusión donde se debatía. Entonces, desde su pequeño sofá de seda gris, se atrevió a lanzar por el salón una mirada desdeñosa y altiva, azulado heraldo de su señorío interior ya recuperado.

Pero el salón blanco y desnudo, de bajo techo, con algunos viejos muebles isabelinos cuyas curvas acariciaba la luz de las lámparas, no ofrecía un espectáculo que mereciese desdén, sino a lo más una burlona indiferencia. El pobre Lelio siempre lo exageraba todo sentimentalmente.

Es verdad que Olvido, gesticulante su negra melena, iba enlazada con Marcos, bailando, y bailando bien a pesar de una obesidad algo mar-